

# Aby Warburg

## Recuerdos del viaje al territorio de los indios pueblo en Norteamérica

Edición de Maurizio Ghelardi

Prefacio de Victoria Cirlot

Traducción del italiano de  
Helena Aguilà Ruzola

 Siruela

El Árbol del Paraíso

## Índice

<i>Prefacio</i> de Victoria Cirlot	9
<i>Warburg inacabado: Cómo librarse de la propia sombra</i> de Maurizio Ghelardi	13
Recuerdos del viaje al territorio de los indios pueblo en Norteamérica	35
<i>Galería de imágenes</i>	101

## Prefacio

Recuerdo como con gran estupor oí decir a Maurizio Ghelardi que el verdadero *Ritual de la serpiente* de Aby Warburg eran los *Recuerdos del viaje al territorio de los indios pueblo de Norteamérica* y no lo que conocemos con tal título. Luego Ghelardi soltó una carcajada, pero ciertamente ni era todo en broma, ni tampoco completamente en serio. Aunque lo que está claro es que este texto que aquí publicamos está formado por apuntes fragmentarios, ideas, incluso por un texto coetáneo al célebre viaje del historiador del arte al Oeste norteamericano, y no es la conferencia perfectamente organizada que el propio Warburg denominó «rana decapitada», según su más depurado estilo humorístico, para prohibir terminantemente a Fritz Saxl su publicación. En estos *Recuerdos* late el pulso de la vida, el del encuentro del gran estudioso del Renacimiento con un primitivismo que todavía en 1895 podía ser objeto de experimentación.

Publicar a Aby Warburg en la colección «El Árbol del Paraíso» es necesario. Esta colección, dedicada a la espiritualidad, la mitología, la simbología y la historia de las religiones, no podía no contar con la mirada de Aby Warburg, ajena por completo a todo esteticismo para centrarse en los significados de alto contenido señalados por la historia de las religiones. Formado, entre tantos otros, por un Hermann Usener, el autor de *Los nombres de los dioses (Götternamen, 1896)*, Warburg no podía concebir la obra de arte desvinculada de los ritos y los mitos, de las ceremonias y las fiestas. El desplazamiento territorial de Warburg desde Nueva York hasta los indios pueblo fue también un

desplazamiento temporal que le permitió asistir a lo que en la cultura europea solo podía contemplar petrificado en las obras de arte. Una experiencia que, según su propio testimonio, habría de marcarle para el resto de su vida, en especial, para la construcción de una obra que en el decir de sus actuales exégetas supuso la creación de una nueva disciplina todavía probablemente carente de nombre.

Contar con Maurizio Ghelardi para introducir a Warburg en esta colección es un privilegio. Formado en Historia de la Filosofía con Eugenio Garin, Ghelardi ha sido profesor en la Escuela Normal Superior de Pisa. Entre 1999 y 2001 fue miembro del Warburg Institute de Londres, donde pudo entrar en contacto directo con los ricos materiales inéditos allí conservados (conferencias, otras versiones de las publicadas, apuntes, esquemas), una investigación que culminó en la edición de dos gruesos volúmenes (*Aby Warburg, Opere I y II*, Turín 2004–2007). Compaginó esta tarea con la edición de las obras de Jacob Burckhardt en inglés para la Getty Foundation, el otro autor junto con Friedrich Nietzsche esencial para comprender el pensamiento warburgiano. Ghelardi también se ha ocupado de la edición de las obras de Warburg en francés, en colaboración con Roland Recht, profesor del Collège de France, y Susanne Müller. Su último libro sobre Aby Warburg se titula *Aby Warburg: La lucha por el estilo*, y ha aparecido en Italia (2012) y en Francia (2016). Maurizio Ghelardi es uno de los mayores conocedores de la obra warburgiana que existen en la actualidad, combinando un rigor filológico extremo con un profundo conocimiento filosófico. En la colección «Árbol del Paraíso» de Siruela ya publicó el *Diario romano* de Aby Warburg y Gertrud Bing (2016). Aunque recogiera solo medio año (noviembre de 1928-abril de 1929) de la vida de Warburg —el de su estancia en Roma junto a su colaboradora—, dicha edición ofrecía al lector todas las garantías de fidelidad con respecto al original —lo que, en cambio, no sucede con la edición alemana de sus *Diarios completos, Tagebuch 2001*—. Con motivo de esta edición de los *Recuerdos*, Ghelardi ha escrito una precisa y sugerente Introducción a partir de la cual el texto de Aby Warburg es situado en el contexto de su propia obra y del pensamiento de su época, de

modo que su significado se encuentra perfectamente restituido. Los *Recuerdos* constituyen un testimonio imprescindible para comprender el tan difícil y, en ocasiones, oscuro despliegue de ideas de este gran estudioso de la supervivencia de la Antigüedad en el Quattrocento italiano.

VICTORIA CIRLOT

Barcelona, 10 de mayo de 2018

Kreuzlingen

14 de marzo de 1923

aún bajo los efectos del opio<sup>33</sup>

¿Por qué fui allí? ¿Qué me atrajo?

Aparentemente, en la superficie de mi conciencia podría sostener que el vacío de la civilización de América del Este me disgustaba tanto que el destino me empujó a un objeto real y a la ciencia. Entonces me dirigí a Washington para visitar el Instituto Smithsonian, que representa la mente y la conciencia científica de la costa oriental de los Estados Unidos. Allí conocí a Cyrus Adler, el señor Hodge, Frank Hamilton Cushing y, sobre todo, a James Mooney (sin olvidar a Franz Boas, en Nueva York), los pioneros de la investigación sobre los indígenas. Ellos me abrieron los ojos acerca del significado universal de la América prehistórica y «salvaje». Por eso me decidí a visitar la parte oeste de los Estados Unidos, tanto su creación moderna como los sustratos hispanoindios. Así, a mis inclinaciones por lo romántico se añadió el deseo de hallar una ocupación un poco más física que la que había tenido hasta entonces. En mi interior, aún sentía rabia y vergüenza por no haberme quedado en Hamburgo durante el periodo del cólera, como habían hecho mi hermano y la familia de mi esposa.

Además, sentía un profundo rechazo hacia la historia del arte estetizante. Tenía la impresión de que el concepto formal de la imagen —según el cual esta no era considerada un producto biológicamente necesario, ubicado entre la religión y la práctica artística (algo que solo comprendí más tarde)— daba lugar a debates tan estériles que, después de mi viaje en el verano de 1896, llegué a sentir la tentación de estudiar Medicina en Berlín.

<sup>33</sup> [A lápiz en el margen superior derecho del folio].

Todavía no sospechaba que, gracias a esta experiencia americana, me parecería mucho más clara la relación orgánica entre el arte y la religión de los pueblos «primitivos»; que sería capaz de distinguir con nitidez la identidad, mejor dicho, el carácter indestructible, del ser humano primitivo, que es el mismo en todas las épocas. Así pude demostrar que el hombre primitivo formaba parte de la cultura del primer Renacimiento florentino y de la cultura de la Reforma <sup>34</sup>.

Un libro y una imagen me proporcionaron la premisa científica y el objetivo de mi viaje.

El libro lo encontré en el Instituto Smithsonian; era la obra de Gustaf Nordenskiöld sobre Mesa Verde, la región situada al norte del Colorado, donde están las ruinas de las misteriosas casas construidas en los acantilados. Al texto, que tiene una clara voluntad científica, le debo la sólida base de mi investigación.

El aspecto romántico y visionario que despertó en mí el anhelo de aventura procedía de una ilustración en color pésima, de gran formato, que representaba a un indio frente a una especie de grieta enorme en la roca, en la que habían construido un poblado. La imagen fue para mí una primera impresión y me indujo a interrogar a los miembros del Instituto Smithsonian, quienes me indicaron el libro de Nordenskiöld. Al preguntarles si era posible visitar las casas construidas en los acantilados, 3 [10] me contestaron que estábamos a finales de noviembre y que ir hasta allí en invierno acarrearía grandes dificultades. Me entraron ganas de superarlas. Acababa de regresar del servicio militar<sup>35</sup>, en el que había puesto mucho empeño, aunque resultó un fracaso, porque me licenciaron como suboficial. Había tenido

<sup>34</sup> [A lápiz en el margen inferior del folio]: Sasseti, Durero, el legado antiguo, Lutero.

<sup>35</sup> [En el margen, a lápiz, hasta el final del párrafo]: Bajo los efectos del opio.

ocasión de comprobar lo peligroso que era para Alemania el creciente antisemitismo y, si bien era cierto que yo no poseía las cualidades necesarias para ser un buen oficial de la reserva, sabía que quienes habían ascendido gracias a su confesión religiosa eran peores y que el Ejército alemán se había privado de oficiales judíos muy capaces, un hecho que en 1914 se pagó con sangre. Con dos mil oficiales judíos más, tal vez habríamos ganado la batalla del Marne.

El caso es que tuve la suerte de que el Ejército y los agricultores americanos utilizaran para sus caballos la misma silla húngara 4 [11] que nuestra artillería. Y estaba dispuesto a soportar esa paliza, pero no de un modo heroico.

Tras observar la civilización americana moderna, surgió en mí el deseo —que luego resultó muy satisfactorio— de visitar los centros de enseñanza, las escuelas y universidades americanas del Oeste.

Pude realizar el viaje sin desanimarme en ningún momento debido a la benévola generosidad de las autoridades americanas, algo incomprensible para nosotros, los europeos. Todo el mundo fue muy amable, en parte gracias a dos cartas de recomendación muy explícitas que me dio Kuhn-Loeb, enviadas por el ministro de Defensa y por el ministro del Interior de los Estados Unidos. Eran cartas que, pese a no constar de más de cinco líneas, me abrieron las puertas del Oeste. A todo ello hay que añadir una carta de recomendación muy eficaz de Seligmann al magnate del ferrocarril Robinson de Chicago.

Una tarde entré en su despacho, donde me 5 [12] presentaron a un americano de cierta edad con una cara de cansado en la que se vislumbraba cierta energía reprimida. Robinson leyó rápidamente la carta, levantó la cabeza y me preguntó: «*What can I do for you, Sir?*». Si en aquel momento yo hubiera empezado a hablar sin ton ni son, habría estado perdido<sup>36</sup>, pero le dije de inmediato que deseaba una recomendación para el gobernador de Nuevo México y una o dos cartas a otras personalidades eminentes de la región de los indios pue-

<sup>36</sup> [Sobre *verloren*, el autor añadió a lápiz una palabra ilegible].



blo. Por último, añadí que le agradecería mucho que me dejara viajar libremente por el tramo ferroviario Atchison, Topeka y Santa Fe. La respuesta fue lapidaria: «*All right, Sir. You get the letters in the afternoon at five o'clock*». Y, efectivamente, poco después me entregaron tres valiosas cartas de presentación y un permiso para el ferrocarril. Gracias a este, pude ir desde Santa Fe en tren a mis excursiones a los poblados indios.

Descubrí el arte de los indios en dos ámbitos distintos, la danza y las artes figurativas, que para ellos constituyen una sola actividad. Ambas manifestaciones pueden llegar a [suscitar] un estupor común (*gemeinsamen Staunen*) y sus representaciones religiosas son el reflejo de una concepción del mundo grandiosa. Si se interpretan las segundas como prácticas mágicas, permiten en su trasfondo (*im Hintergrund*) que el sentimiento se adentre en este orden rítmico objetivo de las cosas<sup>37</sup>. En Santa Fe, un indio, Cleo Jurino, me hizo unos dibujos en color en los que, además del llamado estilo infantil, percibí una imaginación ordenadora capaz de efectuar descripciones complementarias sorprendentemente idénticas a las que podemos encontrar en la remota Antigüedad pagana (de Europa y Asia).

Entonces me pregunté: tras las obras de los danzarines de piel oscura, de los pintores y decoradores de vasijas y de los talladores de muñecas, ¿debía ver creaciones autóctonas, pensamientos de pueblos primitivos, 7 [14] o me hallaba ante productos híbridos, que eran el resultado de ideas atávicas de Sudamérica marcadas por una huella europea?

Como es bien sabido, a finales del siglo XVI, los españoles dejaron en estos territorios del norte de Nuevo México un legado que se superpuso a las representaciones autóctonas primitivas, en las que se basa la nueva cultura americana puritana y sus intentos de civilización<sup>38</sup>. Así pues, desde un punto de vista filológico, estaba frente al objeto

<sup>37</sup> [Existe una primera versión de esta frase, luego corregida con varias palabras a lápiz]: Ambas manifestaciones son instrumentos (*gerätmäßig*) integrados en sus representaciones y sus prácticas religiosas, que se presentan como rudimentos de una concepción del mundo cosmológica, concebida de un modo grandioso.

<sup>38</sup> [Añadido a lápiz en otra copia de este folio]: y su técnica de precisión.

más difícil que se pueda imaginar (un palimpsesto cuyo texto —suponiendo que sea posible sacarlo a la luz— aparecía contaminado). A ello se añadía una dificultad muy concreta: la lengua actual de los indios pueblo está tan diversificada y es tan rica que ni siquiera logran entenderse entre poblados vecinos (y existen unos treinta o cuarenta). Por eso los habitantes de los distintos poblados recurren a una lengua de signos o, como se hacía anteriormente, al español, y, hoy en día, al inglés<sup>39</sup>.

Esta diferencia entre dialectos hace imposible una psicología histórica fiable; para adquirir una base 8 [15] segura, habría que realizar investigaciones lingüísticas preliminares que requerirían una vida entera de dedicación a las mismas. Desde que hice esas pequeñas incursiones, esta clase de trabajos ha aumentado hasta llegar a una cantidad que no puedo asumir. Según parece, tales investigaciones han contribuido a esclarecer relativamente la cuestión de las migraciones de los indios pueblo<sup>40</sup>.

Lo que vi y viví solo da una idea del aspecto superficial de las cosas que ahora me tomo la libertad de comentar. Quiero advertir de que la problemática insoluble que planteo ha supuesto un gran peso para mi alma y de que no habría osado expresarme científicamente sobre el tema en la época en que gozaba de buena salud.

Sin embargo, hoy, en el mes de marzo de 1923, en Kreuzlingen, en un centro cerrado, donde me siento como un sismógrafo hecho de trozos de madera procedentes de una planta oriental trasplantada hasta la fértil llanura del norte de Alemania, a la que le han injertado una rama procedente de Italia, me abandono a los signos que recibo, ya que en esta época de naufragio caótico incluso el más débil tiene el deber de reforzar su voluntad en pos de un orden cósmico.

<sup>39</sup> Como es bien sabido, Mallory [a lápiz] dedicó una gran obra a la lengua de signo de los indios.

<sup>40</sup> Cf. el libro de Kraus sobre los indios pueblo (F. Kraus, *Die Pueblo Indianer: Eine historisch-ethnographische Studie*, Halle 1907).